

Mariano Latorre

## Lo que mis libros me contaron



L autor suele interpretar sus creaciones, proyección de su sangre y de su espíritu en el medio donde nació y vivió, y sus libros, hijos de su espíritu y de su sangre, pueden interrogar a su creador, pidiéndole cuentas del mayor o menor interés que tuvo al crearlos.

Si fué una sincera pasión la que los concibió, desgarramiento de vida, experiencia en términos científicos, el cuento, la novela o el poema, tienen un vital derecho a sobrevivir en una literatura que comienza.

No es el amor material de hembra y macho, de gran importancia sin duda, sino la atracción sensual del paisaje, del drama humano, el de Chile en el caso mío y tan importante, a pesar de la simplicidad de sus elementos, a la minuciosa disquisición de un Proust y de un James Joyce en Europa.

El libro y su contenido tienen una supervivencia material, superior a la vida de su creador, si la tierra no choca con un desconocido planeta o un terremoto, removiendo sus entrañas, no se engulle bibliotecas, como ocurrió en Concepción, en 1939.

Esa noche, en compañía de Ramiro Troncoso, un abrazo hecho hombre, soportamos el remezón en el Teatro de la Universidad.

Ramiro, amante padre y esposo, corrió ágilmente a su casa,

muy cerca del teatro y yo, saltando escombros, llegué al hotel Francia donde me alojaba.

Supe ahí que mi pieza, situada en el tercer piso, estaba ahora al nivel de la calle.

Al día siguiente, con la ayuda de un mozo del hotel, a quien conocía, recuperé mi maleta, donde estaban las actas de los exámenes universitarios que acababa de tomar y pude cerciorarme que el libro de mi amigo Joaquín Edwards Bello, recién aparecido, *Valparaíso, ciudad del viento*, se había deslizado entre vigas quebradas y montones de tierra húmeda, con el *Elogio de la locura*, que me facilitó esa misma mañana Mario Medina, profesor de literatura de la Universidad de Concepción.

Y creo que, a pesar de la catástrofe, es la ventaja del libro sobre su creador.

*Valparaíso, ciudad del viento* y el *Elogio de la locura*, convertidos en polvo junto con las vigas podridas, porque no podemos suponer que insectos y gusanos puedan leerlos, no significan la muerte de sus autores, aunque los separen más de tres siglos.

Cuatro mil novecientos noventa y nueve ejemplares del bello libro de Edwards Bello, volverán a repetir su mensaje como el de Erasmo, el humanista del Renacimiento. No pensé en ese instante, en los que ya se habían vendido.

Y cuando Joaquín y yo seamos puñados de ceniza gris, en torno a unos huesos a punto de deshacerse, hablarán nuestros libros por nosotros y dirán nuestra palabra sobre Chile, como si estuviéramos vivos.

Montaigne, el máximo ensayista de todos los tiempos, se definió a sí mismo y definió al ensayo, al observar que él es la materia de sus libros. Y en Montaigne debió engendrarse la observación de Anatole France, al definir su método crítico como el arte de pasear su propio espíritu a través de las obras maestras. Concepto aristocratizante que deja fuera de la literatura al libro de un neófito, aunque sea una obra de genio.

Me parece una solución estética y técnica, hasta cierto punto,

la observación de Ortega y Gasset, al asegurar que el hombre es un novelista de sí mismo, original o plagiario.

Se origina la creación literaria, poética, narrativa o dialogada en una fuente única: la potencia creadora del artista, las posibilidades de su personalidad.

Un hijo o una hija son, biológicamente, seres distintos de su progenitor, y distintos en su porvenir individual.

El libro, en cambio, no puede separarse de su autor, vive de él y si por un azar muy probable, el nombre se pierde, es un ejército de investigadores, de críticos y de teorizantes de todo género el que tratará de identificar al autor.

En la obra literaria, no hay bastardos. En cambio, hay que imaginarse lo que pasaría, si se investigase el origen de un ser humano, el de un huérfano del Hospicio, por ejemplo, que logró una posición en la vida social.

~ \* \*

Siempre pensé en escribir sobre mis libros. Más bien, que ellos se antropomorfizasen y contasen de sí mismos.

No soy yo quien ha de hablar de mis libros, de mis criaturas, sino ellos los que hablarán de mí, poniendo en tela de juicio a su creador, censurando sus deficiencias o reconociendo sus cualidades.

Miro con simpatía a mi primogénito. Ni siquiera es un volumen impreso. No tiene el bautismo legal de un pie de imprenta, que equivale en un libro a la inscripción en la Parroquia o al certificado de nacimiento del Registro Civil.

Son unas cuantas páginas, de letra perfilada, la de mi amigo Fernando Santiván (juntos publicábamos una revista en *Parral*), impresos en la pasta gelatinosa de un polígrafo.

Alguien, alguna niña de mis tiempos, conservará aún las simples frases de *La muerte del Sultán*, mi primer ensayo de cuento realista. No sería extraño, ya que las mujeres, fetichistas del cuer-

po y del alma, conservan largos años cartas, recortes y pequeños dijes, sólo por el placer de guardarlos.

*La muerte de Sultán* no era sino una página de folletín, con ciertas observaciones reales, mal expresadas, la historia de un perro callejero que me meneaba la cola, porque yo siempre tenía a mano un mendrugo que ofrecerle. Yo suponía que el perro me separaba de los demás habitantes del pueblo, distinguiéndome con su simpatía.

Y quiero, ahora, hacer un sincero elogio al folletín de todos los tiempos, a aquel que cuenta por el placer de contar, a aquel que persigue entretener por la vanidad de entretener.

Si en la Edad Media las novelas de caballerías exaltaban a los caballeros armados de hierro y ricos de ideal, los herederos modernos de los libros de caballería, siguen exaltando al perfecto caballero, sea el apuesto vaquero de Tejas o al ladrón elegante en las grandes urbes de hoy.

El hombre busca lo heroico como una superación de su insignificancia burguesa, de su muerta vida de pontón anclado.

El mismo Lawrance, para mí el más grande genio novelesco de los tiempos modernos, al exaltar la virilidad del hombre, para él casi perdida y simbolizarla en el indio o en ciertos animales, el zorro o el potro, emparenta, no sé si conscientemente, con la acción y con la aventura, desde un punto de vista psicológico. La superación del acto sexual, por degeneración del hombre de las ciudades, de los intelectuales, de los oficinistas.

En un pueblo sureño, cuyas calles eran lagos de lodo en los inviernos, con un movedizo toldo de nubes sobre los tejados húmedos, al calor de una lámpara belga y de un brasero que rojeaba o se oscurecía, como si cada trozo de carbón fuese una pupila adormilada, mi padre nos leía la desgracia de Regina, la loca enamorada, perseguida por la ambiciosa parentela o la tragedia de la mujer adúltera que Pérez Escrich prolongaba, a través de dos mil páginas que, en la realidad, eran quinientas.

Hombres crueles, muchachas inocentes, costureras seducidas o

aristócratas insaciables, singularmente buenos o malos hasta el exceso, tocaban nuestro corazón con una maravillosa luz de generosidad. No era la realidad, sin duda, pero como los viejos relatos medievales despertaban en nosotros anhelos de perfección, de superarnos espiritualmente.

Ante el asombro de mi madre y de mis camaradas empecé una novela por entregas que en su primera página tenía este título: *La hija del mar o el diario de un contramaestre*, que no pasó de su primer capítulo.

Ese contramaestre colérico, que ocupa casi toda la página, se parecía extraordinariamente a mi abuelo francés y estoy seguro de que si él las hubiere leído, se habría encontrado en ellas.

Esas páginas fueron escritas a mano, en crujientes hojas de papel sellado, sin el sello, substituído por un recorte ovalado, donde solía mirar la estancia, a modo de un antejo, cuando me aburría. Y el tiempo, dueño del segundo y del minuto, de los días y de los años, corría como el agua de un río invisible que iba a desembocar en la muerte, océano negro, sin luz y sin orillas.

Cursé el primer año de humanidades en Cauquenes y el resto en Talca, como interno. Fué en Talca donde nació en mí la pasión literaria, la del que coge una pluma en la mano, según Taine, y ya no la puede soltar. Tal vez, envarados los dedos por la agonía, la pluma no obedezca a la voluntad, pero en el último resquicio del cerebro, han de aferrarse las palabras que permanecerán inéditas para siempre.

Oculté, en ese tiempo, mi vocación por la literatura. Tenía por qué hacerlo. De mi padre, sobre todo, que observaba mis inclinaciones literarias.

—No, no se puede seguir por ese camino —solía decir—, todos los poetas mueren de hambre.

Poco después de recibirme de bachiller murió mi padre en Parral.

Diez años en el huaso poblachón. Riqueza de la tierra, madura

de trigales y fresca de pastos, pobreza de la villa, parda y sucia como un vestido de años.

Está presente, hoy, con sus gritonas carreras en la vieja Alameda y sus ruidosas casas de remolienda, de recias mujeres, tan borrachas como los hombres, los zapatos siempre empolvados por la cueca y los pañuelos sucios, volteando al aire como gallardetes en un mástil.

Me gustaban esos hombres y sobre todo esas mujeres, de incansables caderas y de risa abierta, pero mi timidez me impedía llegar a ellas. Hoy, lo siento.

Mi padre murió una noche de noviembre. Algún tiempo después, mi madre y mis hermanos nos restituimos al solar maulino, a la casa del abuelo francés.

Al llegar al Maule un mundo muerto, el de mi niñez, surgió con tal colorido y movimiento que mi adolescencia del valle central pasó a segundo término.

Germinaban mis sensaciones, echaban hojas mis recuerdos, florecían y fructificaban. No había sino cosecharlos.

Así nació, imperfecto, pero sincero, mi primer libro: *Cuentos del Maule*. Mi abuelo es el protagonista de ese libro. Lo veo como si estuviera frente a mí, en el instante de escribir estas líneas. Bajo, de anchas espaldas, de gesto hosco, de ademanes ásperos, de palabra agria.

Mi abuela había muerto hacía muchos años y mi abuelo, aburrido de su soledad, se casó con una señora maulina de origen inglés, que ayudó en los buenos tiempos a mi abuela a coser sus bellos vestidos de raso y de brocato.

Melosa e hipócrita, nos vigilaba y vigilaba a mi abuelo que habló de mejorar a mi madre viuda en su testamento. Ese testamento no salió de la notaría de Larenas, pero ese drama familiar, que nos quitó la fortuna, nada significa en mis recuerdos del rincón nativo. Es el río y su barra lo que resuena aún con rumor de marea que sube o que se va, bajo el sol o bajo la luna.

Me complacía esa lucha entre el agua de la cordillera y el agua

salada en el hervor inacabable de la barra. Entonces, el triunfo era del río; hoy, no.

Por algo los mapuches llamaron al río *Mauleufú*, río de las nieblas, y por algo las gaviotas de la costa, arena y espuma y los cisnes de la cordillera, piedra y torrente, solían equivocarse, subiendo por el río o bajando hacia el mar.

Y el pueblo, tendido a la margen derecha del río, tenía más de la tierra que del mar. Sus casas parecían lanchas fondeadas y los lanchones las mismas casas que se echasen a navegar.

¿Fué ese maridaje de mar y río, de roca batida por las olas y de orilla besada por la corriente del Maule, la que dió a mi literatura el aliento de la tierra y el rumor del agua?

La ancha arteria de agua cordillerana que llega al mar y lucha con él, en un abrazo sexual, era un cordón de espumas alegres que nada sabían de su porvenir. Locas, caían en una quebrada y parecían adquirir una conciencia de su futuro. Se oían gemidos de corrientes, gritos de triunfo y, al fin, un sordo rezongo que hace confianzas al Claro y al Melado y a su amigo del valle, el Loncomilla, de su porvenir de río, de su raíz genitora.

Los campesinos de sus orillas y los guanayes de sus corrientes, me han creado leyendas, de heroica simplicidad.

Aparece, a ratos, el Maule como un bandido, Neira, por ejemplo, o los Pincheira que roban las cosechas y violan muchachas, engendrando una raza fuerte y sin escrúpulos.

Se refiere, que si el que cae en sus aguas es un hombre, lo abandona al azar de su corriente, lo empuja hacia las orillas o lo coge de nuevo y no se acuerda más de él, pero si es una mujer la que se ha ahogado, el río, como un macho lujurioso, se complace en arrancarle poco a poco sus vestidos, hasta dejarla desnuda. Si se la encuentra, en un remanso cualquiera, el cuerpo está florecido de moretones, huellas de una misteriosa violación.

El río es un protector dadivoso, un gran señor que derrocha su líquida fortuna para los campesinos de los valles y vegas ribereñas.

Precisando esa idea, decía un huaso:

—Es que el Maule basta con abrirle un espiche para que el agua se derrame.

Tiene nuestro río una personalidad, que lo diferencia de los ríos del norte y del sur.

Sólo el Biobío podría comparársele, porque como él es límite de frontera.

Arrastró, también, como el Biobío, balsas de valiosas maderas, pero sobre el río mapuche tiene el Maule sus astilleros, la sinfonía de las sierras y de los martillos que transforman los árboles en barcos que se deslizan sobre las olas como las rodas y codastes en los quebrados declives de los cerros.

*Cuentos del Maule* es, para mí, como un lanchón maulino, rojas cuernas de pellín, primero; luego, tablazón, bautizadas por la sal de las mareas y unos marinos improvisados, guanayes o campesinos, convertidos en hombre de mar.

El río era mi obsesión y yo lo sentía mi amigo, en el hombre y en el barco. Y luego, en el puerto mayor, donde se fundían todas las razas de la tierra: franceses, anglosajones, alemanes y españoles, que yo imaginaba como el futuro de Chile, la raíz de un neochileno de la costa, heredero del que impidió al Inca la conquista del sur.

En las encomiendas de las serranías maulinas, desapareció el indio casi por completo, fundido en la masa étnica colonizadora. Alguna vez, unos pómulos salientes recordarían al mapuche o al picunche, porque es común en los rincones fértiles de la cordillera de la costa, en las faldas de los cerros y en las vegas, advertir en hombres y mujeres ojos claros y bajo la piel, tostada por el sol, el pigmento blanco del gallego o del asturiano, que explotaron las selvas, sembraron trigo o lavaron el oro de los esteros.

Fué mi admiración al Padre Maule, la que mi incitó a subir a sus fuentes cordilleranas. Pudo ser eso, pero mi libro *Cuna de cóndores*, cerrado como un peñasco o como un arriero, nada me dice

sobre sus orígenes, como si hubiera olvidado a sus antepasados como los olvidan los indios de todos los tiempos.

Si *Cuentos del Maule* es un lanchón alquitranado, torpe y primitivo, *Cuna de cóndores* es un arriero, igualmente primitivo y torpe, pero tenaz en el ascenso de las cuestas o en el peligroso desfilar del ganado por los voladeros, a dos mil metros de altura.

Mi comprensión de la cordillera no se efectuó sin grandes obstáculos y sacrificios.

Desde luego, era preciso acostumbrarse al lomo del caballo de cordillera, cuyo secreto está en el vigor de sus cascos, más que en la suavidad de su espinazo, dormir a pleno aire, al abrigo de un peñón, metidas las piernas en sacos de lona de mar, forradas de lana.

Nada significaban las horas en estas marchas interminables.

La cordillera oponía obstáculos insuperables, a quien no conocía sus mañas y los secretos de su espíritu.

¡Qué diversa la sentíamos desde el valle, clavada en el horizonte, casi disuelta en un cielo lejano y gris!

En días calurosos, nubarrones espesos, traspasados de luz, parecían descansar de un largo peregrinaje, por los caminos del aire, arreadas por el viento perezoso del estío. A veces, entre las nubes se erguía, como empinándose, el cono de un volcán.

Pero a medida que dejábamos los valles boscosos, con sus pollerudas pataguas y sus peumos olorosos, y penetrábamos en cajones más estrechos, conocíamos su alma dura y hostil, para el que no quiere penetrarla.

Cada resbalada de los cascos en las veredas pedregosas y cada valle descubierto al dominar la altura, eran secretos de su corazón de piedra y agua, conquistas de su cósmica intimidad.

En ocasiones, los altos cerros angulosos, blanqueados por la nieve, parecían las hojas de una puerta gigante que se abría a nuestro paso, mostrándonos un mallín o un valle, rayado por la trenza espumosa de un arroyo.

Y al mirar hacia atrás, parecían cerrarse las ciclópeas hojas

de piedra, como si el genio misterioso de la cordillera nos separase para siempre de la civilización.

Era posible, entonces, darse cuenta de la vida interna de las piedras, atomizadas en miles de detalles seductores.

Sobre todo, el canto de los arroyos, de miles de ellos de variado caudal, venas descubiertas del cuerpo de las cumbres.

Si el viento dormía la siesta en ese instante, abrigado en su cobja de nubes, todos los arroyos de la cordillera entonaban su canción. Las aguas cercanas tenían agudas tonalidades de violín y las que estaban lejos, rezongaban como contrabajos desafinados.

Un grito estridente, el de un pato de cordillera, interrumpía el suave concierto de las aguas.

—¡Corral, Corral, Corral!

O el trinar agreste de jilgueros y de diucas que, del prado, van a la cordillera, apenas la nieve recoge sus faldas invernales. Anidan en los michayes, los árboles de la altura, los sobrevivientes de la nieve.

A menudo, interrumpe la modorra azulada del aire el vuelo de un cóndor que lleva enredada en las plumas timoneras de su cola, una larga cinta de sombra que roza los mallines, se moja en los torrentes y esteros y se recoge, como un resorte, apenas el cóndor se posa en la cornisa de una piedra.

Y esto, en el día. Diverso es el espectáculo nocturno.

La noche cordillerana es misteriosa y cósmica. La sombra líquida, transparente, acalla los mínimos rumores, pero oye, recogida en su manto de tinieblas, la voz del agua infatigable, en fuga hacia el valle y hacia el mar.

En el negro océano de la noche palpitan las estrellas como pequeños corazones de plata y a ratos dan la idea de que goteasen lágrimas argentadas.

Apenas nuestra cabeza ha tocado la tierra en que vamos a dormir, del interior asciende un vago rumoreo, que se va precisando poco a poco. Primero, es como el deslizarse de aguas subterráneas; luego parecen estornudos, respiraciones contenidas. Son los tundu-

cos o coruros, ratas de cordillera que abren en la noche sus interminables galerías, bajo tierra.

Si la luna aparece, entre los ángulos de las cumbres, es otra la noche. Si está en creciente o en menguante, las ráfagas de sombras luchan con destellos de luz plateada. Brillan las madejas blancas de los torrentes para oscurecerse de súbito. Y arriba, entre gasas oscuras, palpitan las estrellas, como peces prisioneros en redes invisibles.

Si es un plenilunio, el instante es distinto.

A pesar de la altura, una dulce tibieza empapa al paisaje. Todo parece disolverse en la láctea marea. Tiene este claror aterciopelado algo de sensual, de entrega sin condiciones.

La voz del arroyo se adormece, los tunducos apenas se oyen y las cumbres mismas parecen recoger sus aristas, embrujadas por la celeste claridad.

La laguna del Maule, agua de nieve, da la impresión de un ojo que no tuviese pestañas. Sus orillas son escorias grises o negruzcas. Sólo el vuelo multicolor de los flamencos o la blanca estabilidad de los piuquenes, suelen dar vida a este desierto de lava, enamorado del agua sin color.

Es el antepasado del río Maule, su cuna de hielo, el misterioso abuelo de las primeras edades.

En los veranos, miles de ovejas y de vacunos pueblan los valles, cuidados por arrieros de los fundos de las tierras bajas, tan habituados a su soledad, que sólo la muerte los suele apartar de su vida áspera.

Si en este instante de mi vida mis dos libros cordilleranos, *Cuna de cóndores* y *Viento de mallines*, me interrogan, emponchados y el rebenque en la mano, sobre don Cachi viejo, don Casimiro Narváez, que murió a los ochenta años en la cordillera, debo responderles con evasivas, con gestos de desconsuelo, porque hasta hoy no le dí vida novelesca a don Cachi viejo, de Pichidegua, heroico arriero de las cordilleras. Pudo estar su pericia de pastor, a la altura de otros arrieros y puesteros de esos tiempo y de hoy. No es eso lo que lo eleva al heroísmo. Es, sobre todo, su dedicación corporal y espi-

ritual a la cordillera, con abnegación de amante, porque don Cachi viejo no se casó nunca ni nadie supo que tuviese hijos en Pichidegua.

Su muerte es, sobre todo, de una épica simplicidad. Tiene algo que se escapa a la historia del habitual heroísmo, me refiero al sacrificio familiar o al hecho guerrero. En él no hay nada de eso.

El patrón del fundo, viejo hacendado del valle central, advirtió en don Cachi, al acercarse a los ochenta años, ciertos síntomas de demencia, de lagunas en su memoria. El viejo vivía ahora, más de su imaginación que de la realidad. Le creó cierta jubilación campesina, haciéndolo el cuidador de la vacas que se ordeñaban cada mañana en el fundo.

El viejo conservó su caballo mulato, "El Conejo", por sus largas orejas paradas y su perro "Corbata", a causa de una mancha blanca en el cuello.

Don Cachi aceptó su suerte sin protestas. Al alba se le veía arrear sus vacas, montado en el Conejo y con su perro, pegado a las patas del caballo. No hablaba casi. Se le veía, a veces, detenerse a mirar hacia la cordillera, semidisuelta en niebla y nubes de paso.

Sin embargo, una noche, en la cocina de los peones, el viejo, casi siempre callado, empezó a hablar sin que nadie le pusiese objeciones a lo que decía. Hablaba como un iluminado de un misterioso jinete, vestido de negro con una espuela de oro en el talón del pie izquierdo, montado en un caballo también negro que atravesaba el puente para hablar con él. Al cruzar el rústico puentecillo sobre un estero las tablas no crujían y los perros del fundo y el mismo Corbata no le ladraban.

—Pero ese es el Diablo, don Cachi —le dijo un peón.

—No sé si será el Diablo —respondía el viejo— ni me importa. Me ofrece una bolsa llena de oro porque le lleve su hacienda a la cordillera del Picazo. Yo no sé qué contestarle por mi compromiso con el patrón.

—Conchávase no más, on Cachi, que las vacas se yienen solas a la ordeña —le contestaba burlonamente un peón.

El viejo se calló y un momento más tarde salía de la cocina y para siempre.

On Cachi, montado en el Conejo y seguido de Corbata, desaparecieron del fundo y no se tuvo noticias de él sino a fines de abril, cuando los rebaños de vacas y de ovejas bajaban de la cordillera, acuciadas por las primeras nevazones.

El capataz de la hacienda contó que lo había encontrado a mediados de marzo, cordillera adentro.

—¿Pa ónde va, on Cachi? ¡Mire que ya cayó la primera nieve en el cajón del Picazo!

—Con el caballero que voy no hay nieve que valga —le contestó el viejo muy tranquilo.

—¿Y ónde va tu patrón que no lo veo?

—Ahí va, ailante, en ese caballo negro.

—Entonces, caballo, perro y on Cachi se helaron —sentenció la cocinera.

Al año siguiente, a principios de enero, las ovejas y vacas subieron a los cajones cordilleranos. En una cueva, cerca del cajón de La Plata se encontró el cadáver del viejo. El esqueleto del caballo en el fondo de la quebrada, del perro, ningún rastro.

Que el viejo puestero, héroe anónimo de un viejo paisaje de piedra y nieve, de agua y de nubes, me perdone si aún no he contado su vida simple, sus nupcias con la cordillera, su extraño pacto con el caballero de negro, al que no le ladraban los perros y movía, en la media sombra de la tarde, una bolsa de oro que sonaba como corriente y tenía, al mismo tiempo, la inseguridad de un sueño que se desvanece.

Sí aún no fijé el destino de don Casimiro Narváez que creó el diabólico espectro para justificar su huída del fundo y quedar mal, en la vida cotidiana, con Dios y con el Diablo. Lo que puede ocurrirle también a todo el que siga la voz de su instinto y de su ambición personal.

\* \* \*

Viví en Santiago después de la muerte de mi abuelo. Estudiaba leyes y asistía al Pedagógico. No me atraía la ciudad como materia novelesca y mis camaradas del curso de leyes y del Instituto Pedagógico me eran singularmente extraños.

Como al viejo Cachi me habían embrujado los paisajes del sur y firmé un pacto con el demonio de espuelas y no con el demonio de frac.

Mi afán era volver a mi tierra. Ver una vez más al Maule, oír el martilleo de los astilleros y atravesar el río en la lancha plana, con los cerrucos borrachos y sus caballos soñolientos.

Esos guanayes rudos, siempre en camisa y sus pesadas lanchas llenas de tablas o de sacos de trigo me cautivaban como a Gorki los remeros del Volga, porque algo los recordaban estos lancheros del Maule.

Fué ese año, de vuelta al puerto nativo y en compañía de Jorge González que me tocó atravesar el río frente a El Infiernillo y conocer el interior de la provincia.

Era ya la ruina de un paisaje, el esqueleto de una selva, que tenazmente se aferraba a montículos de greda roja, donde las lluvias moldeaban dentadas crestas, torreones desmoronados o quebradas espectrales; sin embargo, en medio de esos restos de cerros blanqueaba el cuarzo y en sus alvéolos solían brillar pepitas de oro, de un oro tostado y misterioso.

En cada hondón húmedo un rancho, casi oculto por viejos perales y a algunas cuadras más allá otro, casi igual y muchos más. Parecían solitarios, pero ocultos senderos los unían, senderos que son como los recursos de su astucia de chillas y culpeos.

Hay vegas verdeantes y hay esteros, donde se zambullen los coipos y canta el pidén su tonada, teñida de arrebol. Y en las faldas, viñedos, que dan un tono risueño, en las primaveras, a este paisaje en descomposición.

Hace siglos eran impenetrables selvas que explotaron los conquistadores; hoy, sobreviven miserablemente.

Tal paisaje ha formado un hombre humilde y estuto, rencoroso en el fondo y ladrón sin escrúpulos, si es necesario.

Ama su heredad y vuelve a ella siempre, aunque navegue años en los buques y vapores o vaya a trabajar, en algún enganche, a las cosechas del valle central o a las salitreras.

Las aldeas de esta tierra olvidada son las acumulaciones estables de los mismos ranchos esparcidos en la cordillera.

De aquí es la protagonista de mi novela *Zurzulita*.

Advierto un mensaje que viene desde el fondo de mi juventud. ¿Es ella misma, aún viva la que habla o es la Milla que yo creé, la que me censura o me recuerda?

No lo sé, pero estoy seguro que el haber contado la intimidad de su vida conmigo o con el personaje que murió en el bosque, asesinado por Juan Rulo, que tenía de mí y de mi amigo Raimundo Echeverría, muerto prematuramente para desgracia de la poesía chilena. De mí, la realidad de los amores, de Raimundo, la figura y la indecisión, que siempre lo caracterizó, ante cualquier problema de la vida, incluso el de la propia salud.

Y junto a *Zurzulita*, hembra de los cerros, arrulladora y cruel, amante y despegada al mismo tiempo, camina on Panta cubierto con su poncho viejo, hermano de on Cachi y de Samuelón, que prolongan en su cerebro enfermo el esplendor de un pasado próspero, que ya no existe.

On Panta se detiene para decirme:

—Los perros descubrieron al león de mi abuelo y lo destrozaron, pero, ¿para qué hablar de esta triste historia? Don Jorge González me contó que el señor Alone, propietario de Santiago, dijo en “La Nación” que ese final no le gustaba.

Yo traté de consolarlo, explicándole:

—Don Pantaleón, yo no he querido reírme de usted; al contrario, yo ataco a los huasos que lo explotaron, que le robaron sus ovejas, le bebieron sus vinos y le corrieron la cerca en sus terrenos.

En cuanto al señor Alone, no es un propietario precisamente, sino un abnegado periodista santiaguino. No creo que sepa nada de la cordillera de la costa, como de muchas otras cosas de Chile.

On Panta tose, poniendo su mano tosca de cerruco sobre su boca desdentada. Es un símbolo de ese paisaje deshecho, de la ruina de una tierra que expulsa de su seno a los que vivieron en ella durante años.

Y esa lucha con la sequía, con la pobreza, la tierra que cantó con sincera emoción Jorge González, le ha dado al hombre de los cerros, al cerruco, un alma llena de astutos repliegues, viril y desconfiada al mismo tiempo, carbonero o pastor, marino o improvisado obrero de toda faena, borracho insaciable o bandido temible.

Es, seguramente, el tipo étnico más parecido al chilote que hay en la costa de Chile. Un zorro o un culpeo serían el símbolo de su espíritu y de la tierra donde nació.

Y así, sin el ánimo preconcebido de ir en busca de temas; más bien, por curiosidad de veraneante, recorría a caballo los valles fértiles, sus quebradas boscosas, la planicie estéril y las aldeas, tan pobres y deshechas como los viejos cerros despoblados. Conservan, sí, sus bellos nombres mapuches o castellanos: Nirivilo, Purapel, Empedrado o Huerta de Maule o alguno mestizo como Peñalquín.

Y asistí a trillas y mingacos de cava o de viña, fuí amigo de subdelegados y campesinos y por eso me fué fácil recordarlos en mi libro *Hombres y zorros*, libro que habla de la tierra maulina y la canta con amor y con simpatía. Quiero a este libro como a un hijo predilecto y él parece pagarme en moneda igual, porque en este desfile de mis criaturas, sonrío y me tiende la mano, en el clásico perfil de la vieja del Peralillo, en el salvaje primitivismo de don Polo o en la figura despiadada de Domingo Persona.

Sin embargo, un espectro surge de los bastidores polvorientos de la memoria: retazos de paisajes montañoses, balar de cabros bravíos, *buaquear* de zorros hambreados, hombres que viven como animales en viejos ranchos, casi confundidos con la tierra y con la selva.

Y protesta, sobre todo, un extraño bandido cerruco, fusilado en la cárcel de Constitución el año 1895.

Protesta como creatura literaria, exige su biografía, porque sabe que leí los procesos en el juzgado del puerto y recogí detalles en los campos y en las aldeas y a pesar de todo no cuajaron en libro.

Puedo evocarlo como si lo hubiera conocido.

Niño, abandonado por el padre, rico propietario de la región, a quien el huachito estorba en el hogar. Lo entrega el padre a un carbonero y leñador de los cerros de Peñalquín. Crece el niño como un animalito, entre perros, cabras y caballos. No hay rincón de cerros que no conozca. Los recorre a pie todos los días, arreando cabras montaraces. Maqui, boldo y cóguiles son su alimento en estas correrías por los cerros. Un día, en una cueva, encontró un zorrillo recién nacido y se lo llevó al rancho. Fué desde entonces su compañero de juegos. Incluso, dormía con él.

La madre adoptiva, una astuta vieja cerruca, encontraba en la cara alargada y rojiza del huachito algo del zorro que vivía con él y de aquí el apodo que tuvo hasta su muerte.

Enfermó el muchacho gravemente un día:

—Lipiria —sentenció la vieja cerruca—, pero fuerte.

En sus cueros de oveja, el muchacho luchó muchos días con la fiebre. El zorrillo dormía con él. En su delirio sólo él le preocupó, quizás porque la orfandad del zorro coincidía con la suya.

Una mañana, la fiebre había desaparecido, el niño sintió la resurrección de su cuerpo y de su alma.

La primera pregunta, pregunta hipócrita que no correspondía con su pensamiento, fué:

—¿Y el zorrillo, mamá?

La vieja, astutamente, eludía la respuesta. Se decidió, al fin:

—Mire, m'hijito, se puso tan costumbroso a las gallinas que su pairino lo mató.

El muchacho sonrió y dijo:

—Mamita, el zorro está vivo y lo tengo aquí adentro. Lo oigo que me habla y me dice que debo irme de aquí.

—¿Qué está iciendo, m'hijito? ¡Si eso es cosa del Malulo! Del zorrito no quean ni señas.

Desde ese momento comenzó el adolescente sus excursiones por los cerros. En poco tiempo era un hábil cuatrero. Después capitán de una partida de salteadores. Se creó una extraña leyenda sobre él. Como siempre, el pueblo endiosó al bandido que ahorcó al padre en un bosque, de la rama torcida de un roble. El se comparaba a la rama torcida y su padre fué el culpable por no haberla cuidado.

Durante años El Zorro fué el dueño de las serranías y bajaba al valle central y arreaba ganado hacia los cerros. Duro y voluntarioso, todos debían sometersele. Las mujeres no eran el amor para él, sino un capricho del instante, la violación, el trago de vino, el asado al palo bajo los árboles, junto al rumor de los esteros.

Robos, salteos, alevosos asesinatos, violaciones salvajes alarman a toda la región, pero la policía rural es burlada por el hábil bandido. Organiza, entonces un comandante de policía de Talca, una verdadera cacería. Y una tarde de abril, una mujer despechada da la pista del bandido y los soldados lo cercan en un monte. Coincide la persecución con una zorreadura en los cerros. Se oyen aullidos de perros y voces de cazadores y soldados que se entrecruzan en las dos persecuciones.

El bandido logra distanciar a sus perseguidores y junto a un esterillo se abre de piernas para mojar su cara sudorosa y beber un sorbo de agua. En ese instante, por entre sus piernas, pasa silenciosamente la chilla perseguida, deshecha, la lengua afuera, para tenderse a corta distancia.

¡En su naturaleza primitiva la suerte está echada. El zorro que agoniza es el que llevó durante toda su vida dentro de él, el origen de su vitalidad y de su astucia, la causa de sus victorias. Retrocede con las manos en alto. Acaban de aparecer en el sendero tres jinetes, que le apuntan sus carabinas. Así reconstruí, con los procesos del juzgado de Maule y en las casas de los campesinos, la

vida de Isaías Candia Urra, a quien llamaron El Zorro y otros El Ralo, a causa de los escasos pelos que punteaban su barba y su labio superior.

Siempre me sedujo la historia de este bandido, tan cerruco, y no puedo explicarme qué motivos me impidieron escribirla.

Jorge González Bastías, unos meses antes de su muerte, con su gesto cansado, pero aún vivos y risueños sus ojos claros, me dijo:

—Usted le debe esa historia a su tierra. Hay que escribirla, Mariano.

En este instante de mi vida, anoto con asombro que no me atraen las cosas que me rodean, sino las más lejanas, las de mi niñez en Cobquecura, por ejemplo. Fuí al pequeño puerto donde nací y no tuve ningún recuerdo que me atrajese con emoción creadora. Borroso estaba en mi memoria y borroso permanece hasta hoy.

Volví a Constitución y se despertó violentamente en mí el deseo de navegar, pero no en un vapor ni un buque de vela, sino en una lancha, como más tarde crucé caminos de cordillera y de valle, no en automóvil, sino a lomo de caballo.

Mi abuelo se opuso, ceñudo, a un viaje en una lancha de su propiedad, que esperaba, fondeada en La Poza, la orden de zarpe. Con el corazón partido de tristeza, la vi cruzar la barra, curva la vela cuadra y las olas abrazando con sus espumas el casco de diez toneladas.

Añoraba el viaje que nunca pude efectuar en una lancha o en un falucho y sobre todo a su capitán, mi amigo José Peñalillo, el *Gansa culeca*, un muchachón de ojos azules y de afable temperamento.

¿Qué alemán o gringo del Maule colaboró para cuajar la mirada azul del *Gansa culeca* o *clueca*, como el humor criollo lo definió?

Mi amigo arregló una especie de cama, en el interior de la lancha, para que estuviese al abrigo del viento del mar y llenó de historias fantásticas mi imaginación infantil.

En las palabras coloridas del *Gansa culeca* desfilaba la vida del

norte, de sus puertos llenos de barcos, de sus mujeres condescendientes, de la riqueza del salitre que barnizaba de oro la vida de esas provincias. Siempre añoré ese viaje que no se realizó.

El *Gansa culeca* pereció, algunos años después, a bordo de su lancha. Un vapor de la Compañía Inglesa chocó con ella, en una noche de temporal. Nunca se supo de la lancha, de sus tripulantes y de su capitán.

Navegué, durante años, por la costa de Chile. Casi siempre en vapores modestos de carga, caleteros o en goletas y buques de vela.

Y de esta experiencia nacieron *Puerto Mayor* y *Chilenos del Mar*. Nunca escribí con más amor por el tema.

Astorquiza me alabó siempre estos relatos y algo extrañado de que un hombre de tierra adentro se preocupase de temas marítimos.

Lo curioso es que Eleodoro Astorquiza no supiese que su abuelo y el mío, marinos vascos de veleros, navegaron por todos los mares de la tierra, antes de recalar en Constitución, en Curanipe o en Matanzas.

Por parte de mi madre mi abuelo Court fué un ingeniero naval, asimilado a la marina francesa y contratado por el gobierno de Chile, junto con su tío don Juan Duprat.

Me hablan *Puerto Mayor* y *Chilenos del Mar* desde la costa y de sus mareas y observo en ellos descontento, por ser los únicos en el pequeño mundo creado por el novelista. Y les encuentro razón.

Desde luego, la ausencia en mi literatura y en la de Chile de ese admirable tipo humano que moldeó el río, el *guanay*, hermano del batelero del Volga, que tuvo, además, de su interpretación literaria, una canción que sólo los negros del Mississippi han emulado. Nuestro *guanay* no ha tenido esa canción, que merece.

Salvo los informes dados por Vicuña Mackenna y algunos poemas de Jorge González y Carlos Acuña, no tiene el *guanay* otra mención en nuestra literatura y en nuestra historia. De su origen tampoco se sabe mucho. Vicuña Mackenna habla de una tribu ribereña que pescaba en balsas en el río, los *huanabues*.

Su raíz es quichua, sin duda. De huano, de las aves que pro-

ducen *huano* y el nombre sobrevive, aunque los guanayes hayan desaparecido para siempre.

Vi en el museo de la Universidad de San Marcos, en Lima, un pájaro del huano, un huanay embalsamado. Negras las alas, blanca, como espuma recién nacida, la pechuga.

En el lancharo maulino la camisa blanca de tocuyo, resaltaba sobre la piel, quemada por el viento y por el sol, al revés del pájaro.

Fué una típica etapa comercial, muy de la Colonia y prolongada hasta mediados del siglo XIX.

En la confluencia del Maule con el Loncomilla, en una especie de península arenosa, estaba el puerto de Perales. De Talca llegaban coches y diligencias, del interior de la provincia de Talca y de Linares, lanchas cargadas de sacos de trigo y de rodelas de leña.

Miles de lanchas planas, casi sin quilla, para poder atravesar las pedregosas correntadas, descansaban en las playas lodosas del río, con algo de monstruosas cáscaras de sandías.

Ajetreo de guanayes de las bodegas a las lanchas, con blancos sacos de harina o pesados de trigo, al hombro o empujando, por un puentecillo de tablas, a modo de polines, pipas, olorosas al vino de rulo de la región.

Soplaba repentinamente el viento ¿venía del mar, venía de la cordillera? Nunca lo supe, pero las adormiladas lanchas despertaban, se hacían tensas sus escotas y los veteranos cascarones comenzaban a desfilarse a lo largo del río, en dirección al mar.

Y cada vez que iba al Maule (muerto Jorge González ¿para qué ir ahora?) la desierta caleta de Perales me angustiaba el corazón, porque era la muerte de una época y la de un personaje sobre el cual no escribí: el guanay.

El último que vi fué en El Infiernillo, en compañía de Jorge González.

Atravesamos el río en un bote que Jorge manejaba a la singla con gran habilidad.

Los guanayes sentados en el suelo, cruzadas las piernas, espera-

ban su comida. Una olleta de cuatro patas, donde hervían las pancutras célebres de los guanayes.

El patrón, un viejo de cara muy española, ojos grises, nariz picuda y barbas crespas, "El Limones agrios", porque cada vez que se irritaba decía: ¡Qué lesera ni qué limones agrios! nos contaba su vida en el río.

Iban, corriente arriba, en busca de pipas de mosto de rulo que llevarían a Constitución, porque el flete por el río era más barato.

\* \* \*

En ese año, sólo Santiago interesaba a los escritores.

Blest Gana había señalado una ruta, que siguieron los novelistas posteriores, los dramaturgos y los escritores de costumbres.

No era Blest Gana un genio literario, pero poseía un maravilloso instinto para observar la realidad que lo rodeaba y convertirla en narración o en cuadros de costumbres. Se ha dicho mucho que Balzac lo hizo escritor. El mismo lo declaró en una carta; sin embargo, a mí la manera de interpretar la realidad chilena me recuerda más a Dickens que a Balzac. Y es sabido que su padre les leía las novelas de Dickens cuando eran pequeños.

No fué muy explícito sobre la intención de su novelística que, en el fondo, no era sino la proyección de su vida americana con un clima poético y humorístico que, de nuevo, lo acerca a Dickens y lo aleja de la concreta realidad balzaciana.

Sin embargo, parecía decir entre líneas, como un mensaje a sus camaradas de letras del futuro:

—Ahí está el nuevo Chile. Les he descrito el pasado. El porvenir es de ustedes.

Y fué lo que hizo Luis Orrego Luco, un blestganiano, endulzado por Feuillet y por Bourget, que pintó el Santiago posterior a la guerra del Pacífico y la crisis moral de la oligarquía.

Joaquín Edwards Bello es, también, un blestganiano, teñido de

naturalismo, un mesiánico cronista de los chilenos en París, Lisboa o Madrid, hijo del Blest Gana de *Los trasplantados*.

Y finalmente, los novelistas que pintaron los barrios de la ciudad moderna como Sepúlveda Leyton y Nicomedes Guzmán.

La novela rural era incipiente. Los santiaguinos no tenían idea de las provincias, a pesar de los atisbos de Blest Gana, de Barros Grez y de Moisés Vargas.

El paisaje estaba ausente de nuestra literatura. Blest Gana dibujó aguas fuertes de los patios de las casas santiaguinas y de los campos de sus alrededores.

Y era preciso, si se quería interpretarlo justamente, recorrer el país para fijar el color de sus paisajes y sus características. Saber del árbol y del pájaro y de los hábitos provocados por ese paisaje.

A principios de 1934, Fernando Santiván, que había adquirido unas hectáreas a orillas del lago Villarrica, me convidó a pasar unas vacaciones en su casa. Era un primitivo edificio de tosca madera que perteneció a un colono y que años después se quemó sin dejar rastro de su simple arquitectura rural. Fué mi primer contacto con el sur, que iba a querer como a mi tierra maulina.

Durante años, ya en casa de Santiván, como en el fundo "El Volcán" de Emilio Melcher o en Pucón, en casa de mi compadre Amador Acevedo, conocí en inviernos nevados o en los claros días, el paisaje y las gentes del sur. Recorrí la provincia de Valdivia de la costa a la cordillera.

Un día de verano me embarqué en Valparaíso a bordo de un vapor que hacía escala en Corral. De vuelta de Valdivia al vapor (era una tarde de azul transparencia) miraba el movimiento del puerto y de pronto, en el fondo de la perspectiva, con fijos matices de esmalte, se descubría el cono del Villarrica, con su penacho de humo, indeciso sobre la boca del cráter.

No conocía, entonces, el interior de la costa sur, como no conocía el corazón de Chile, cuando escribí *Cuentos del Maule*.

Y se hizo una obsesión en mí, penetrar el medio y su habitante.

Dos hombres de Chile, mi primo Luis Court, ingeniero de alta calidad intelectual y mi amigo y camarada de letras, Fernando Santiván, me ayudaron a resolver el enigma del sur, del hombre y del paisaje.

Entre los años 12 y 13 estuve en Valdivia. Mi primo fué el ingeniero que realizó el alcantarillado de la ciudad. Esas vacaciones no fueron de creación, aunque mis cuadernos de escritor hormigueasen de hechos y anotaciones del paisaje, fueron de captación constante de un mundo nuevo, que nunca imaginé y que era un Chile rico de porvenir.

Conocí, en los vaporcitos fluviales, todos los ríos y en el Angachilla o en el Chamil almorzaba en las risueñas casas de los colonos alemanes, tan diversas por su arquitectura y por su confort a las destartaladas casonas coloniales de madera, que me producían la impresión de haber viajado a Chile, por un mágico hechizo desde Baviera o Sajonia.

Contestaban con cierta reserva nuestras preguntas en su castellano infantil, casi como el de los mapuches y nos servían las rubias *Mädchen*, sus *kuchens* y su colorina cerveza Lager, cobrándonos con largueza, pero sin abuso.

Y era lógico, al ver las fábricas y maestranzas a lo largo del río y la cantidad de propietarios de la costa a la cordillera, que Alemania se había trasladado a la tierra que era de mapuches y españoles y en ella predominaba. Sentíanse extranjeros, sin embargo, no en la tierra, sino en contacto con el hombre que allí vivió, moreno y sucio, astuto y mentiroso. Lo español, hecho criollo, casi no existía. Subsistían ciertas fiestas religiosas tradicionales como la de la Candelaria y la educación misma de las *Deutschen Schulen* tenía evidente ventaja sobre las escuelas y liceos fiscales.

Se miraban hostilmente las dos razas, la mestiza hispánica y la de los humildes colonos de principios del siglo, hechos potentados industriales y agrícolas. Protección despreciativa por parte de los alemanes, rencor hipócrita por parte de los chilenos.

Me interesé por conocer los detalles de esta vida, que la derro-

ta de Alemania en dos guerras, incitó a la unión de criollos y germanos, en beneficio del sur.

Ese fué el origen de mi novela *Ully*, algo edílica, pero basada en hechos reales y del *Romance de un reloj de cuco*, ya con cierta intención satírica, que me costó la salida de la Escuela Militar, donde yo era profesor, porque a un coronel, hoy fallecido, se le ocurrió que ridiculizaba a un oficial del ejército.

Sin embargo, cuando escribí *La misa del padre Wilfrido* que el padre Englert me contó en la reducción indígena donde sucedió el hecho, no tuvo sino elogios para el cuadro cordillerano y de la exactitud en la interpretación psicológica de los indios borrachos.

Había pasado el peligro agresivo. Los matrimonios entre niñas alemanas educadas en los colegios de Temuco, Osorno y Valdivia, con militares de la guarnición y profesionales chilenos eran frecuentes.

Hecho muy explicable, porque los jóvenes alemanes quedábanse en los campos, convertidos en huasos chilenos, algo torpes y chabacanos. Se fundían, aunque a regañadientes las dos razas creando un nuevo tipo de chileno que merece una interpretación literaria.

El medio, ante todo, es de un alto interés pictórico.

La selva, que los colonos empujaban hacia la falda de la cordillera, tenía no sé qué de devastado, de campo de batalla, en que enormes troncos se podrían y salpicada de tocones, que sólo a fuerza de bueyes se desarraigaban y por espacio de años.

Sin embargo, al echar la semilla del trigo o del pasto miel u ovillo en la tierra, apenas removida, desaparecía ese aspecto de devastación, de catástrofe reciente. Las apretadas filas de espigas semejaban una sábana de oro, peinada por el viento y lagos de densa verdura, los pastos recién brotados.

Mágica transformación de la selva en un paisaje de civilización, en que el mestizo y el indio se convirtieron en colaboradores del colono alemán, su verdadero creador.

Mi primer contacto con los alemanes del sur no lo he olvidado.

Estudié alemán en el liceo de Talca y leía a Goethe, a Heine, a Schiller, a Lessing y a muchos más y por esto me era grato acercarme a ellos, como si me acercase (era un impulso ingenuo) a la verdadera Alemania.

A lo mejor no me equivocaba, porque fui amigo de muchos y esa amistad la conservo aún.

Llegué una noche de fines de enero a Puerto Montt y al día siguiente me encontré en la plaza con el pintor Marcos Bontá y su caja de pinturas al brazo.

Bontá acababa de conocer a unos alemanes de Chamiza y partía, al día siguiente, hacia Autamó, cerca del lago Chapo, donde vivían sus amigos.

Mediante un caballo de la policía, que me facilitó un oficial, pude acompañarlo a Autamó, siguiendo la margen sur del río Chamiza.

Nos metíamos por un amplio cajón, que flanqueaban cerros bajos, crespos de selvas. Las casas de los colonos blanqueaban, a veces, en el espeso negror vegetal.

En la casa de los Hermann, adonde íbamos, se celebraba el cumpleaños de un niño de catorce años, Werner Hermann, rubio y pálido, el único hombre de una larga familia de mujeres.

Lo halagaban los padres por ser hombre y él comprendía su importancia, tieso en su asiento, tan solemne y silencioso como un viejo, en medio de la algazara de la fiesta, de los vasos de cerveza, de los emparedados de pernil y de jamón, de los cerros de mantequilla y del negro café, tibio y brillante.

De todas las faldas de los cerros de Chamiza, del lago Chapo, de Tenglo y de Maullín habían acudido a Autamó, amigos y parientes.

Bailaron y bebieron sin cansancio. El acompañamiento era una vieja caja de música, que resonaba en el vasto salón, con no sé qué nostalgia dieciochera o romántica.

Aquella noche no se acostó nadie. No había camas, desde luego, para todos. Y el espectáculo de los trasnochados, especialmente

de las mujeres, no era agradable a la luz pálida de un alba, arrebuja-  
da de nieblas, con los ojos soñolientos y los labios descoloridos.

Sin embargo, a Bontá y a mí nos sedujo una hermana de Werner Hermann, Gerda, que se diferenciaba notablemente de todas las alemanas que allí habían acudido.

Era alta y espigada, de finos tobillos y clásica pantorrilla, de gestos espontáneos y graciosos. Sus ojos y su boca reían, al mismo tiempo, expresando el contento de vivir. Su pelo, de un rubio vene-  
ciano, casi cobrizo, no era la madeja desteñida de la mayoría de las *Mädchen* que allí se movían, al compás de un viejo vals, como prendido en las púas del cilindro de la vieja caja de música.

Parecían haberse afinado en ella todas las asperezas y vulgaridades de la raza.

Recibía el homenaje de todos, jóvenes y viejos, sin coquetería, como algo espontáneo, flúido como un vapor, como un perfume.

Toda la rusticidad de la colonización: la mano que maneja el hacha en el derribo de los grandes árboles, la pala que acomoda la tierra húmeda para las siembras, se purificaba en el encanto de sus movimientos, en la mirada azul gris y en las manos alargadas, de dedos tibios y aristocráticos.

Días después, cuando cesó la lluvia, hicimos una excursión a caballo a un bosque cercano, con Gerda y sus primos.

Ese bosque, de ulmos, se había conservado para las abejas, porque la miel de esas flores era uno de los productos del fundo.

A la distancia, no tenía el aspecto ordinario de la selva sureña, con los fustes paralelos de robles y lingues, que hacen pensar en las columnas de un templo.

El que veíamos, en una hondonada, era una masa de follaje gris negro, apelonados, donde los troncos no se distinguían, con un espolvoreo de escarcha blanquecina sobre las hojas: era la floración de los ulmos o muermos, según su nombre mapuche.

Un sendero atravesaba el bosque. Sobre nuestras cabezas caían, de vez en cuando, pétalos aislados como alas de mariposas blancas, pero la magia de la selva estaba en el aroma de esas miles de flores.

A veces, ese perfume era tan denso, que daba la sensación de un ala invisible que nos rozase; otras, se alejaba como un soplo de aire.

No hablábamos, embrujados por ese aroma sutil, azucarado, que se cuaja en el cáliz de una flor minúscula; pero eran sobre todo las abejas las que zumbaban enloquecidas, desatentadas, como si su vida dependiese de ella.

Bontá y yo mirábamos a Gerda y coincidíamos que su piel blanca era como la maceración de esos pétalos y su mirada, subrayada por la sonrisa, el perfume mismo de los muermos.

Representaba esta muchacha nórdica a la tierra donde llegaron sus abuelos, más que a una mapuche y más que una señorita chilena de las ciudades del sur.

Pensé escribir una novela sobre la colonización alemana. Se iba a llamar *Miel de ulmo*. No la he escrito. Nunca más volví a encontrarme con Gerda, ni me acerqué a Autamó.

No obstante, no puedo imaginármela como una abuela, rodeada de nietos. La veo como la vimos Bontá y yo esa mañana, bajo la lluvia de pétalos blancos, impregnada del prodigioso perfume.

Pero la he de escribir. Hermann Paul ya dijo que *todo lo que estuvo una vez en la conciencia, permanecerá en el inconsciente, como un factor activo*.